

# la revolución tranquila. 59 estampas narrativas

Jose Ramon Alonso-Lorea

## la revolución tranquila 59 estampas narrativas

José Ramón Alonso-Lorea



EECC2003  
Edición EstudiosCulturales2003

# Capítulo 1

## **A bolina**

Quince niños corren desaforados. Corren mirando hacia arriba. Corren y gritan aunque a Cristóbal le parece que corren y ladran. ¡A bolina! ¡A bolina! ¡Se fue a bolina!... En el cielo, un papalote vuela en dirección a como se le antoje al aire, vuela a la deriva, alguien le pasó cuchilla.

## **Cacique**

Consumido el cuerpo por las llamas, una luz tenue y misteriosa se desprendió de la inmensa hoguera y un viento enorme, colérico, se llevó sus cenizas hacia las montañas. Jamás ese viento ha dejado de acompañarle. Salen a pasear, y la ceniza se convierte en luz que vuela contra el cielo de la noche. Desde entonces, y en complicidad con el viento, una luz enorme baja de las montañas y vaga errante por las dilatadas llanuras, sobre todo en noches oscuras de menguante. Cuando sale, a partir de la medianoche, casi siempre se mantiene durante una hora. Corre. Para. Brinca. Cuando está quieta, se agita por dentro para mostrar su vitalidad. Baja a la playa y recorre la costa alumbrándola toda. Volando por encima de la superficie del agua, ronda a los pescadores de ribera. Su reflejo es brillantísimo. Cuando esto sucede no pica el pez, por eso hay que abandonar la pesquería y esperar hasta que la luz se retire. A veces atraviesa la bahía y se mete mar adentro. ¿Adónde va?... nadie lo sabe. De vuelta, viene por encima del agua, veloz, y se rompe contra los arrecifes. Pero luego continúa. Finalmente coge por la ensenada del río, vuela tierra adentro hacia el lugar de su nacimiento y allí se apaga. Cuando la luz desaparece se escucha un ruido enorme. Al pasear, la ceniza se convierte en luz de múltiples colores que el viento lleva. Al principio es una luz roja, de un rojo veteado encendido y de gran tamaño. Le come la vista por un tiempo a quien la mire fijamente. En donde quiere, la luz se parte en muchos pedazos que luego se vuelven a juntar. Son dos, tres, mil partes que corren alocadamente de un lado para el otro. Son partes iguales pero de diferentes colores, principalmente amarillo, azul y verde. Unas se van apagando poco a poco, mientras que otras se acercan a la luz más alta y se hacen nuevamente una luz gigante. Cuando se unen éstas últimas se ve un gran destello. La luz no se mete con nadie. A veces la gente le dice: -¡Pártete en siete! Y se parte. -¡Pártete en cinco! Y se parte. Aquí casi todo el mundo la sigue viendo. Es la luz del Cacique, anota Cristóbal, la fantasía del líder impoluto en la memoria colectiva.

## **Cerberero**

Por encima del hombro derecho de su interlocutor pudo ver la llegada de la lanchita de Regla. El primero en tirarse fue el teniente Cerbero. Detrás, los pasajeros. Luego montaron todos. Entre bicicletas y personas la lancha

se repleta. Pudo acomodarse al final de la nave, después de vadear una treintena de bicicletas. Allí el conglomerado humano es menor, el oxígeno más puro. Nuevamente monta el teniente. La lancha parte. Cerbero recorre la vista por el interior de la nave. Sus tres pares de ojos parecen husmear el horizonte de las aspiraciones de los viajeros, y se detienen en Cristóbal. Éste baja su vista al reloj, eran las quince horas, se siente vigilado. Quizás había hablado demasiado. No se atreve a levantar la mirada. Ya recuerda: "¡Cerbero! ¡El perro guardián! Vigila a los muertos para que no escapen y a los vivos para que no entren". Por entre las piernas de los pasajeros, arrastrándose por el suelo, pudo ver todavía la cola de la serpiente. Cierra fuertemente sus párpados. Casi sin abrirlos desembarca con premura.

### **Columnas del soportal**

La parada del autobús está justo a los pies de uno de esos edificios prototípicos de la Habana Vieja republicana. Como siempre, Cristóbal observa cual si fuera la última vez. Una sucesión de monumentales columnas, ahora descascaradas y sucias, todavía dejan ver lo que en otro momento fue un delicado dibujo de verticales. La línea de fuga que desciende del techo parece perderse en un punto incierto que muere entre las aguas del puerto. Entre columnas, los eventos y contextos se dejan ver como fotogramas en una cinta de celuloide. Los barcos, el mar, la estación de bomberos del puerto, el Paseo de Paula y el parque. La antigua sede de la embajada española que todavía conserva en su fachada, como pegatinas en relieve que legitiman el edificio, los rostros de los reyes católicos junto a otros símbolos peninsulares: la Madre Patria aún se hace ver. También la farmacia, algún que otro carro y corrientes humanas que se mueven en muchas direcciones. Son fragmentos de una existencia limitada por verticales, como cuadros vivientes colgados en la pared. De súbito, un vaho pestilente le saca de sus observaciones y las niñas retornan a las órbitas de sus ojos. La brisa marina arrastra hacia él los agrestes hedores de una fosa reventada. Es la fosa del edificio que atraviesa el suelo del soportal. No había reparado en ese suelo erosionado por el tiempo, el salitre y el desamor. Cual profunda herida de guerra pudo ver cómo se expele, desde lo hondo, un manantial de orina y heces que amenaza inundar todo el espacio. No pudo soportarlo más. Luego de hora y media de espera prefirió abandonar la cola. Al fin y al cabo ya ni recordaba detrás de quien marcó. Y como quien escapa por una de las fauces del mítico Cerbero, aprovechando una de las fisuras de los dientes careados de la bestia, por entre las columnas del soportal del viejo edificio republicano sale Cristóbal, disparado como una flecha.

### **Dioniso**

Creció el infante en los albergues y aulas escolares de un internado para hijos de la Patria, en la soledad de su orfanata condición. Tuvo que ser fuerte para no ser el hazmerreír. Robustecido en sus luchas a brazo

partido, con la convicción de que DONDE NACE UN COMUNISTA MUEREN LAS DIFICULTADES, Dioniso plantó la vid de su enseñanza ideológica. Se embriagó e hizo embriagar a todos sus seguidores con el zumo de su experiencia partidista, y coronado con plato y grados militares, emprendió una loca correría a través de la escuela, cuyo eco devolvía los gritos de júbilo lanzados por sus exaltados acompañantes. Luego inició una peregrinación por toda la isla para difundir su culto y el cultivo de su experiencia política. Y no se limitó a plantar vides ideológicas, sino que, como maestro de una nueva humanidad, fundó escuelas del partido, eliminó por hipócritas las costumbres democráticas y enseñó a los hombres una manera de vivir más socializada, pero parametrada y ordenada a su unilateral criterio. Por su esencia original, Dioniso fue, y es, la personificación de la impetuosa y desbordante fuerza productora de su política personal que llega a nuestros días. Infunde miedo y acatamiento en el espíritu de los hombres, y bajo el credo DENTRO DE MÍ TODO, FUERA DE MÍ NADA, desborda sensibilidad hacia las artes, la música y la literatura. Todo lo que se relaciona con Dioniso tiene un invariable carácter de violencia: la fuerte embriaguez política y las manifestaciones públicas frenéticas hasta el grado del salvajismo y de la enajenación mental. Caracteriza a Dioniso su monumental estatura, cierta corpulencia y un halo de divino adolescente. Otros atributos son los perros que le acompañan y una pistola ajustada al cinturón. El culto a Dioniso conoce una extensísima difusión. Se le ensalza con el nombre de Libertador, es decir, alejador de preocupaciones, y en su honor se realizan grandes concentraciones donde él largamente discursa. Concentraciones que hacen las delicias del pueblo bajo y que tienen un carácter de peculiar excitación. En tales festejos se celebra el rejuvenecimiento de su doctrina con un júbilo igualmente ruidoso y con desenfrenada expresión de alegría. Es cierto, concluye Cristóbal, que algunos se entregan a toda clase de bromas y chanzas, pero son crisálidas indefensas financiadas por el enemigo.

## **Emboque**

Nunca tantos han pisado a un tiempo el suelo del emboque. A Cristóbal aquello le parece una concentración. Un ejército de gusanos en la boca de un cadáver. Recorre su vista por el techo a dos aguas del edificio amarillo oshún, repasa el clásico frontón y se detiene en la cafetería del lugar. Recién la había restaurado el gobierno revolucionario, limitando sus espacios con unas rejas de hierro laminado que, formando arabescos geométricos y florales, dejan ver los puntos de una soldadura inescrupulosa que fijan una y otra estructura. Pero las moscas, a juzgar por la familiaridad con que retozan en la barra, en las mesas y en las sillas, siguen siendo las de siempre.

## **Guagua**

¿Qué es la guagua?... Y Cristóbal comienza el análisis de tal elemento bajo el crisol de las nueve categorías. Es la guagua una *sustancia* artificial en movimiento sobre ruedas que, por su naturaleza, compete existir en sí y para los miles de habaneros que a diario la cogen. La *cantidad* de su porción interna y el número de ellas que circulan en la ciudad, nunca llegan al nivel de su demanda. Todos pretenden caber donde no caben. Es una granada con exceso de perdigones a punto de estallar. Un tamal que de tanto bullir desborda la harina entre las grietas de sus hojas. Un Caballo de Troya tropical. Gallinero de Dios donde aprietan Adán y Eva. Los baches de las calles habaneras le regalan a la guagua el fundamental estímulo que la hace participar de ese conjunto de procesos en los cuales las cosas se modifican constantemente. Pero por más que cambie una guagua, hasta cierto punto sigue siendo la misma guagua con una *cualidad* determinada. La fruta podrida sigue siendo la misma fruta. Muchas de ellas esconden el color de su chapa bajo una capa oscura de churre graso. Y sobre la superficie aceitosa algún escolar escribe sus primeras ocho letras: límpiame. Impregnan el suelo y el aire de su recorrido con una estela de petróleo quemado, y una fumarola oscura empapa el espacio. Es una falsa pipa de la paz. Con su lastre de guaguanautas -mula de carga que pasea por La Habana-, se agarran a sus tubos todas las *pasiones*: alegrías y tristezas, sexo y amor, arte, sanidad y enfermedad. Sonido de león, ácido de sabor, caliente al tacto. *Relación* de paradigmas. Todo cabe en una guagua, es el mundo sobre ruedas. La *acción* es consustancial al hecho de abordar una guagua. El *lugar* está dado y el *tiempo* es finito. Nace el entusiasmo. Un tropel de compañeros sube de una vez. Es la escaramuza por subir, la riña por sentarse. Chocan con la guagua, chocan entre ellos. La coincidencia es buscada. Espacio de oposición, lugar de contradicción, competición deportiva. Choque inesperado. Empleo de la violencia. Alguien cree ver preconizar una nueva revolución. ¡Como el chófer se haga el gracioso seguro que va preso! Adentro, ni una mosca encuentra *sitio*. El espacio es ocupado. Como sardinas en lata se acomodan los viajantes. Resonancia de barco negrero. Estancia de animal doméstico. La población de una guagua es menor que la de una villa.

## **Habana difunta**

Frente al solar de O'Reilly están las ruinas de lo que fue un espléndido edificio colonial. Todavía conserva un balcón, con restos de florida rejería y del cual nace, como en sabana fértil, un estirado tronco de hojas muy verdes. Gracias a esa suerte de encantamiento intelectual, Cristóbal hace como el Historiador de la Ciudad, se "asoma desde lo alto a la contemplación de La Habana", pero no ve lo mismo. De muchos edificios y amplios soportales apenas quedan las columnas exteriores de mampostería, despintadas a dos tonos, y las interiores, de hierro fundido, oxidadas. Algunos dinteles también amenazan "desde lo alto". A través de estas geografías angulares sólo el cielo azul intenso renace y una montaña

de escombros en el centro domina.

## **Hotel Ambos Mundos**

A la altura de la calle Mercaderes, por Obispo, te encuentras el histórico hotel Ambos Mundos. Es un viejo rascacielos al estilo de los de Chicago. Un edificio color mamey, achaflanado en su esquina. Tiene por esta cara una de sus entradas, flanqueada por dos tarjas que, sobre cada uno de los planos que convergen con esta esquina amputada, revelan el nombre y vieja tradición de ambas vías perpendiculares y rancias: Calle de los Mercaderes y Calle del Obispo. Otras dos entradas tiene el hotel por dichas calzadas. En otra tarja, a los pies del edificio, cuentan que por ahí estuvo Roosevelt con su daguerrotipo daguerrotipando. Sobre una cuarta tarja blanca: Hotel Ambos Mundos. Piensa Cristóbal que este es el edificio de las tarjas. También le parece que el nombre del hotel hace mención a esos dos mundos que entraban por sus laterales: el mundo material de los Mercaderes, y el mundo espiritual del Obispo, y se le ocurre que todos los hoteles en Cuba deberían tener esa tarja: Ambos Mundos, haciendo alusión a esos dos mundos de los hoteles de hoy: el mundo de los dólares que consume, y el mundo de los pesos que mira.

## **Jinetera**

Las muchachas de La Habana no tienen perdón de Dios, lo dijeron cuando los ingleses tomaron la ciudad. Las jineteras menos, dirían hoy. Cristóbal ha conocido a la más despampanante mulata que se pasea por La Habana. Como un ángel caído de no se sabe dónde, apareció aquella mujer chocolate claro. Más leche, menos chocolate... pero chocolate al fin. Se queda frito. ¿Cómo se puede tener esos pechos tan abundantes, tan erguidos; esa cintura tan estrecha, una curva praxitélica que no necesita pose para pronunciarse, y esa delicada redondez en las dos nalgas? Demasiadas perfecciones físicas. Diría el viejo Infante, "es una mulata caliente". Vestida de blanco como una novia entra aquella mujer eufórica, expresiva, finalmente graciosa. Evidentemente, como ella es. Por encima de aquella tela puede imaginar Cristóbal la vellosidad ensortijada de su pubis y el tinte de sus pezones. Es una diosa africana lavada en el Nuevo Mundo. Un morbo agudo en forma de mujer. Esta debe ser Mercedes. O, como alguien le aseguró, a lo mejor no se llama Mercedes, nadie lo sabe, pero es La Jinetera. Como tiene hecho Obbatalá, gusta de la ropa blanca. Mercedes es hija de las Mercedes. Debe ser La Jinetera.

## **Kafka se casa**

Por los intersticios de la ventana del cuarto todavía no entran los primeros hilos de luz. Por análisis comparado, ausencia de luz-alarma del reloj, sabe que son las seis de la mañana. Tampoco entraron, por lo menos no lo despertaron, aquellos viajeros oscuros de largas alas. Enormes insectos ortópteros, nocturnos y corredores, que se esconden en los sitios

húmedos y devoran toda clase de comestible. De cuerpo deprimido, aspecto repulsivo y olor repugnante. En fin, la vulgar cucaracha de manifiesta intención doméstica. Y pensar que de niño tuvo tan eróticos sueños con aquella dulce, olorosa, empolvada y casadera cucarachita Martina. “¿Te quieres casar conmigo? A ver, ¿qué haces de noche?...” Eran los juegos de la infancia. Luego vino la metamorfosis de Kafka.

### **La diáspora del clan del Loco**

No hay reposo hasta recuperar las cosas que han de estar en su sitio, reflexiona Cristóbal en medio de la oscuridad. Cierra muy fuerte sus párpados y un fosfeno gigante toma la forma y color de un mapamundi. Cuando salimos de la cuna africana, todavía con la melanina a flor de piel y el cabello rizo, ya arrastrábamos la necesidad de cargar con los fetiches. Fue una lección adquirida mucho antes de arribar al término de la franja continental. Simbolismo, religiosidad, arte... da igual. Es la antípoda de la barbarie, pero formando parte de ella. Es de humanos mantener el ciclo del viaje binario: cuerpo y mente. El Loco siguió su destino, a la derecha de la decimoquinta estancia de la galaxia, sin ver que los guarda-fronteras de la revolución ya pisaban sus pasos en la arena de la playa.

### **La verdad del Gusano**

Cristóbal lo había estudiado bien. Parecía un absurdo, pero ha sido su verdad durante mucho tiempo. El descubrimiento de esa verdad hizo que los más íntimos amigos de su niñez y adolescencia lo bautizaran con el zoonímico de El Gusano. Pero de adulto prefirió mantenerlo oculto. Lo leyó en algunos libros de ciencias, de esos que hablan sobre la Beringia, los fenómenos eustáticos y el ascenso y descenso del nivel del mar. Esa verdad le aterrorizaba. Se sabía el texto de memoria. Lo recitaba como si fuera una construcción poética y lo decía a todos aquellos que no pudieran oírle. Hablaba con nadie. Hablaba consigo. Lo repetía en el dormitorio, en el baño, en la cocina... Era un delirio. Fuera de su mujer ninguna otra persona lo sabía, porque estaba convencido de que la policía revolucionaria se le podía echar encima por crear expectativas nada sanas en el pueblo. En cierta ocasión se me acercó y con aire de erudición y muy bajo, como temiendo algo, me confesó. “Con el pleistoceno se inició la edad del hielo que todavía subsiste aunque en forma muy limitada. Durante este período de un millón de años, por razones que todavía se debaten vigorosamente en el mundo científico, en el hemisferio norte por lo menos cuatro grandes casquetes de hielo se estructuraron, avanzaron y retrocedieron. Es evidente que los hielos pueden acumular grandes cantidades de agua sobre la tierra, aún en el actual período interglaciar. La fusión abrupta de los casquetes de hielo de Groenlandia y la Antártida podrían, de acuerdo con diversos estimados, hacer subir unos cien metros el actual nivel del mar en todo el mundo”. Y abrió los ojos desmesuradamente al decirme la última oración y miraba a un tiempo a los lados como temiendo un oído receptivo al delato y no a sus

preocupaciones geológicas. La voz le tembló cuando dijo "fusión abrupta". Y me repitió al final con especial énfasis: "¡cien metros por encima del nivel actual!". ¿Cómo era posible seguir viviendo en las islas a sabiendas de que en cualquier momento podría perecer? Y no sólo morir él, también desaparecerían las islas. Y aquello que canta el trovador, que ES PREFERIBLE HUNDIRNOS EN EL MAR ANTES DE TRAICIONAR LA GLORIA QUE SE HA VIVIDO, nunca le ha agradado. Es joven, tiene ambiciones y ama la vida. "¡Qué coño hundirse en el mar! —grita Cristóbal para sus adentros—, eso es para los tontos, la ética de Numancia nunca ha sido de mi agrado". Soñó muchas veces con salvarse de la hecatombe pero nunca lo consiguió. También lo sufrió su familia, que sintió la marginación y el rechazo social: "¡Oye gusaniiiito no saques los pieees/ porque si lo saacas te coge el Comitéee! ¡Pin pon fuera / abajo la gusanera! ¡Pin pon fuera / abajo la gusanera!", les cantaron y les ladraron en más de una ocasión una turba fanatizada y revolucionaria luego de tirarles una docena de huevos en la puerta de la casa. Por suerte la hecatombe la mitigó al hacerse escritor sin lector. De hecho ya había olvidado aquella obsesión que durante tantos años lo había martirizado. Pero ahora, con lo del secuestro de las lanchitas de Regla, se abría de nuevo la vieja herida de El Gusano.

### **Loco de Galiano**

¡Cómo no acordarme de aquel loco de Galiano! Admitía Cristóbal con amargura, que enfatizaba con la expresión de su rostro de mirada perdida. El que tiene un perro chico y anda con una señora. Tiene cara de loco feliz y camina con gesto afeminado. Pisa con la punta de sus pies como una bailarina. Tiene aires de aristócrata a pesar de sus harapos. Camisa remangada, zapatillas deportivas sucias, melena de corte cuadrado y cara grasienta llena de granos. La señora que le acompaña está más loca que él. Dicen los del barrio que es su madre. ¿Qué triste historia amordazará esta falta de lucidez? Pero el perro tiene mejor semblante y la vida de perros la llevan ellos... Bueno, como casi todos nosotros. Desde la Moderna Poesía hasta la Plaza de Armas aquel día conté más de una docena de lunáticos. En este país todo el mundo se está volviendo loco... o se hacen los locos.

### **Lonja del Comercio**

La Lonja del Comercio fue, en su tipo funcional, el más elegante edificio de La Habana, el edificio de moda. Era entonces y aún lo es, la fábrica republicana de su género que reúne en el más alto grado las cualidades de solidez, propiedad y majestad. Hermes, hijo de Zeus y dios del comercio, de la elocuencia, y también de los ladrones, corona su cima. Fue la Lonja el edificio público donde se juntaban mercaderes y proveedores para sus tratos y comercios. Como el edificio, intuye Cristóbal, así debió ser la República. Como las sandalias aladas de Hermes, las ricas huellas de La Habana republicana acusan el vuelo de una ciudad como pocas, en esos

primeros cincuenta años de un siglo herido de guerras mundiales y crisis económicas. Sobre la fachada de la Lonja, como para enfatizar lo intuido, descubre Cristóbal el alto relieve de dos cuernos de la abundancia.

Cuernos que en honor a la verdad, y se ajusta a la historia de a pie, a la historia de siempre, estuvieron, están, muy altos, no a la altura de todas las manos. Es posible, concluye y apunta en su libro de notas, que esas mayorías deban libar de la astucia, la mentira y el expiar nocturno, que también ampara el dios del calzado alado.

### **Los gorriones y el abuelo asturiano**

“Yo no conocí al abuelo asturiano, pero en todo momento lo siento a mi lado, murió de viejo en La Habana del 56 y está enterrado en el cementerio de Colón”. Sentado en un banco de la Plaza de Armas, en el mismo corazón de la Habana Vieja, Cristóbal recuerda al abuelo de su padre. Estaba enterado de muchísimas historias de aquel viejo de leyendas, y sabía que al abuelo le gustaba sentarse aquí, en este banco del parque, justo en la esquina donde se cruzan las calles del Obispo y de los Oficios. “Como él decía, en esta esquina, desde hace más de trescientos años se cruzan las ideas y los dineros”. Atontado, como durante tantos años hizo el abuelo, mira Cristóbal aquellos pequeños pájaros grises que colman el parque. Tienen el pico fuerte, cónico y algo doblado en la punta. Son gorriones que retozan picoteando dentro de las ranuras del suelo de piedra. Se había fijado que, en la medida que se acercaba a la Plaza de Armas, subiendo por la calle de los Oficios desde San Francisco de Asís, la población de estas avecillas se hacía más numerosa. “Se desplazan los gorriones dando pequeños, ligeros y continuos saltos. ¿Cuántos pasos puede dar un gorrión sin parar?... ninguno porque saltan”. Un flashazo de su infancia ilumina su rostro. A la par, una nube de turistas españoles, hombres todos, se esparcen por el parque, azoran a los gorriones, miran a las mulatas con un mirar lujurioso que parece recién estrenado y, entre mulata y mulata, merodean en los edificios coloniales que limitan la plaza. El Palacio de los Capitanes Generales. El Palacio del Segundo Cabo. El Castillo de La Fuerza. El Templete. La Casa del Conde de Santovenia. Piensa Cristóbal que el banco, los gorriones, los españoles y el abuelo asturiano, son una misma historia.

### **Los hombres, las cosas y el tiempo**

Tras la puerta de los sueños, inalcanzable para pupilas insomnes, Cristóbal corre por la playa como un viejo ridículo. Lo hace desde que era niño, ya hace unos cuantos siglos. Pero ahora el mar es una sábana negra donde flotan las cosas muertas. En la orilla de la playa los hombres y sus líderes, en grupos aislados, adoran las cosas vivas en forma de himnos, banderas, estados y gobiernos. Cristóbal, el viejo, sigue corriendo a través

del tiempo, buscando el borde tremendo de la sabana negra.

### **Los perros vigilan**

Los perros están donde quiera. Hay uno en cada frontera. Tú no los distingues pero yo sí. Reconocerlos es parte del hecho de saber dominar el fenómeno, y dominar el fenómeno no significa que tengas el control sobre él, ni tan siquiera su cabal conocimiento, pero sí te permite descubrir dónde están las fronteras... hasta donde podría ir yo, hasta donde podrían venir ellos. Es la forma de no contaminarnos. Es lo que siempre te estoy advirtiendo, le reitera Cristóbal a María, cierra un poco la boca, los perros vigilan.

### **Madonna**

Mercedes sigue contando incansablemente. Ella es el prototipo de la jinetera, la mejor en este negocio. Sabe todo lo relacionado con el tema y domina el contexto de ilegalidad en el que se mueve como pez en el agua: el contrabando de tabacos, los paladares, los alquileres, los taxis piratas; el contrabando de obras de arte, de joyas y de drogas. Habla de su situación sentimental y de sus dos novios banqueros con extremada ingenuidad y desenfado. La manera de enfocar sus puterías, mezclada con aquellas confesiones económicas de alto nivel, suenan a novela. Sus novios extranjeros, en la cama, se desnudan por fuera y por dentro: le desvelan cómo burlan el bloqueo, el embargo de los Estados Unidos. Ella le cita a Cristóbal, de memoria, las marcas de equipos electrodomésticos como si estuviera hablando de modelos de lencería de Victoria's Secret. Cuáles son legales, cuáles no, cuáles originales, cuáles copias. Pero no da detalles al respecto. No es explícita con cierta información. Ahí funciona, más que los niveles de compromiso que tiene con estos hombres, el miedo que debe sentir de revelar estas verdades. ¿Miedo?... quizá cautela, discreción. Ella es valiente. No en balde e intuitivamente esconde cuatro hierbas curativas en el botiquín de su filosofía: no le teme a los dioses, no le preocupa la muerte, no considera difícil conseguir lo bueno y soporta con facilidad lo terrible. Evalúa el placer a corto plazo respecto al mayor placer, es decir, tiene autodominio y control con vista a disfrutar luego más y mejor. No es explícita porque considera que agredir al sistema del cual vive es agredirse a sí misma. Pero Mercedes sufre de un sentido de trascendencia que ataca sus razones. Quiere un protagonista en esta vida. Ser alguien. Por eso le interesa el libro autobiográfico que le escribe Cristóbal, pero nada de publicación por ahora. Dice que su modelo a imitar es Madonna. No las de Rafael de Urbino, esas no las conoce. Todo el mundo no está dispuesto a arriesgar, pero a Mercedes le encanta la idea si bien tiene un poco de... ¿miedo?... es que puede perder.

### **Matador de indios**

Era su juego favorito. Corrían los años setenta y el niño tendría diez. Había tantas hormigas en su casa, que él lo interpretó como la invasión de una potencia extranjera, y se dedicó a organizar su particular Movimiento de Liberación Nacional. Las hormigas habían colonizado las pequeñas covachas que se abrían interrumpidamente a lo largo de la estrecha línea cementosa que se dibujaba entre las losas y los rodapiés del suelo del balcón. Desde allí organizaban expediciones de conquista que, en formato de columnas guerrilleras, se extendían por toda la casa. El niño empezó matándolas selectivamente, apretujando un dedo contra ellas. Generalmente su dedo índice. Empezaba por las hormigas exploradoras, y luego continuaba por las que marchaban en los extremos de las columnas. Pero con el tiempo fue perfeccionando las técnicas de exterminio en masa. "Genocidio" que le ofrecía óptimos resultados, al menos por un tiempo. Utilizaba aviones que fabricaba con las pinzas de tender ropa que usaba su madre, desde donde dejaba caer bolas de plastilina. Lanzaba cerillas encendidas desde artefactos disparadores que manufacturaba con esas mismas pinzas. A veces mataba sólo a una y la dejaba expuesta frente a la boca de una de esas pequeñas espeluncas de losa. Luego se atrincheraba detrás de unos obstáculos que improvisaba con cajas de cartón, y esperaba, desde una distancia prudencial, intermediando ese valle de loza fría, verdadero camposanto que los separaba, a que un nutrido grupo de ellas se reuniera en torno al cadáver. Nunca supo si esa reunión post mortem respondía a la curiosidad, al funeral, o al hecho de recuperar a un soldado mortalmente herido en combate. Cuando lo creía oportuno, en plena noche mental pero con un sol de las doce del día, el niño iniciaba un bombardeo masivo y sorpresivo con bolas de plastilina que alternaba con el fuego de líneas de alcohol que había preparado anticipadamente en zonas aledañas al territorio del enemigo. Para finalmente caer sobre ellas a la carga y a degüello, cuerpo a cuerpo y con particular ensañamiento. Pero el niño, en su imaginación, mataba indios e, incluso, les arrancaba el cuero cabelludo. ¡Qué horror!, musita Cristóbal sudoroso, al tiempo que se deshace de los brazos de Morfeo, o de Ares. La culpa de todo eso la tuvo esa extraña mezcla tóxica que tenía por ingredientes escenas del cine bélico soviético, pasajes épicos de los manuales revolucionarios de educación castrense insular, y altas dosis del cine de Hollywood de indios malos contra vaqueros buenos. Cristóbal era un niño de la guerra.

## **No mirar**

"¡Aliinaaa... cojooone... amárrale la pinga al perro!", con esta particular bienvenida el solar de O'Reilly recibe a Cristóbal. Detenido a los pies del edificio, esperando una más cordial acogida, estudia la fachada del mismo. Ecléctico puro. Y deduce: estilo promiscuo dentro del arte que es coherente con el entreverado humano que habita el solar. Por entre las sábanas blancas que cuelgan de un balcón, tras los barrotes de hierro, los cuatro muslos abiertos, de dos mulatas, llaman su atención. Risueñas ellas miran pasar el mundo. Colgadas, mojadas, goteantes... las sábanas.

Y como agua bendita en su frente una gota cae. Lo considera un bautizo. Una segunda sobre el ojo izquierdo ya no es de su agrado. Lo interpreta como un aviso, una cita al orden, una prohibición: no mirar.

### **Novilunio con perros**

Sobre la accesoria la noche es total. Hay apagón. También hay novilunio, es decir, la luna no es hoy el espejo donde vemos al sol. No hay formas. Bueno... sí, una luz muy tenue, venida de no se sabe dónde, sugiere dos tórax desnudos sobre una cama. El tórax izquierdo parece torcido hacia el tórax derecho. Sobre este último, la copia de un texto ahora ilegible: "Ahí están los tarahumaras". —¡Sí, ahí están los perros! ¡Ahí están! —entre sueños, el tórax derecho se espanta. —Papi... —susurra el tórax izquierdo que se incorpora—. ¿Qué te pasa? ¿De qué perros hablas? —y al tiempo del "papi" se desvanece el tenue haz de luz y de la nada surgen cuatro ojos, los dos de Cristóbal y los dos de María, su mujer. —¡No, tranquila!... Es que medio soñé que estábamos en el esófago de un perro... Si ves la luna, es imaginación, porque no es la luna. Es el orificio que inicia la faringe del animal. Cuando el perro cierra la boca entonces imaginamos que estamos en novilunio. —¿Pero qué dices Cristóbal? ¡No me gusta verte así! —El sol que vemos es el sueño de los devorados. —¿Qué mierda hablas? ¡Despierta o te pellizco!

### **Regalos para mi familia**

Le di diez dólares al de la seguridad del hotel para subir con el turista extranjero a la habitación. Cuando bajé, el muy cabrón quería que le diera más dinero, o que me acostara con él. Pero yo no quise acostarme con "el seguroso" porque estaba feo y gordo que no daba más, mucho menos darle mi dinero. Entonces se puso impertinente, me dijo que tenía que revisarme porque creía que yo llevaba drogas o divisas. En aquel momento todavía era ilegal tener dólares encima. Me llevó para una oficina de ellos y me dijo: Mercedes, voy a buscar a la policía de guardia para que te revise, espérate aquí. No, no, le contesté al momento para joderle, revísame tú mismo. Al segundo me le desnudé, poniéndolo en un estado de excitación que no quieras ver tú. Pero no me toques, que tú no me gustas, y si me pones un dedo encima grito como una loca. Su mirada lenta y lujuriosa de gordo baboso recorrió todo mi cuerpo. Sentí como si me ensuciara la piel. Él cogió mi blúmer, lo manoseó con sus dos manazas, se lo pasó por la nariz y aspiró profundamente, el muy asqueroso, luego me lo tiró a la cara y me dijo: ¡vístete soputa que tú vas presa! Fue mi primera experiencia policiaca y la pasé fatal, todo el tiempo llorando. Eso porque fue la primera vez, a la segunda ya me reía. Al otro día por la mañana me dieron una carta de advertencia, me obligaron a firmarla y me dejaron ir. Ya estaba fichada por la policía. A la tercera carta de advertencia podían meterme presa el tiempo que les diera la gana. Entonces preferí regresar a La Habana por una temporada. Cuando llegué a mi casa ya tenía muchos regalos para mis sobrinos, mi hermana y mi

madre, en fin, para todos. Y eso para mí era lo más importante.

### **Repostero multi-agente internacional**

El expediente lo encontró Cristóbal debajo de los escombros, en una esquina del patio central del antiguo edificio del Departamento Técnico de Investigaciones del PCC. Todos los folios tenían estampado, en tinta y en mayúscula, la palabra CLASIFICADO. Eran quince hojas mecanuscritas, cuidadosamente enumeradas en romano, a lápiz, en el inferior derecho. Nunca olvidó que la letra P, siempre que aparecía, estaba ligeramente por encima del resto de las letras del renglón correspondiente. Imaginó que fuera por defecto de la máquina, alguna antigua Underwoods, o quizás era la forma en que se identificaba el oficial a cargo del dictamen. Por su destacada redacción literaria, le llamó poderosamente la atención el siguiente informe: "El repostero multi-agente es deseado y temido por todas las agencias de inteligencia de medio mundo. Específicamente deseado y temido por pequeñas y secretas élites que existen dentro de cada una de estas agencias. Ellas, agradecidas, cuidan de no exponer su identidad, gracias a la eficacia de su arte de matar. El multi-agente trabaja para todas ellas, aunque su historia íntima sólo es conocida por la agencia nodriza que lo reclutó y que algunos creen ya inexistente. Sólo a ella le ofrece su fidelidad. El multi-agente es repostero, especializado en cocina internacional. Aunque domina una cocina muy variada, su particularidad radica en la confección de unos pasteles de carne de pollo con hierbas naturales que satisfacen el más exigente y refinado paladar. Su pastel de pollo tiene ingredientes especiales, naturales, que provienen del mundo vegetal. Ello constituye su más guardado secreto: la maravillosa transmutación de las sustancias químicas. Por ello compra personalmente sus propios ingredientes. No es exigente con el tipo de pollo que utiliza, pero sí con las hierbas que trabaja. Ciertas combinaciones de esos ingredientes naturales resultan letales y ofrecen numerosos tipos de muerte. Pueden ser muertes súbitas o a largo plazo; desde el sorpresivo infarto del miocardio, hasta las enfermedades mortíferas que lentamente disminuyen la capacidad intelectual y corroen el cuerpo; y pueden recorrer un discreto diapasón que viaja de lo dulce a lo salado, de la equilibrada acidez al suave amargor. Pero lo común en todas ellas es evitar los rastros de sangre. El multi-agente rechaza la violencia, es un hombre de paz, un ser sensible y de gustos clásicos. El pastel de pollo deviene, cuando quiere, o cuando se le paga, en eficaz arma homicida que no deja huella en la víctima. Las élites secretas de las agencias de inteligencia de medio mundo prefieren no probar sus delicados platos."

continuará...